

Racionalismo y Espiritualidad en la figura del G.: A.: D.: U.:

Primera Reflexión

La invocación al GADU de la Masonería pretende aunar razón y espíritu, no desligando la una del otro, sino complementándolos; razón y espíritu conviven en una comunión armónica que no desdeña ninguna dimensión de la persona; toma al ser humano como un todo inseparable de su razón e inseparable de su espíritu.

Desde los primeros pensadores griegos hasta nuestros días, el racionalismo ha estado, con diversos matices, presente en la Historia del Pensamiento humano. Este racionalismo lleva a considerar, en el sentido más amplio, la razón como la capacidad de entendimiento, de poder conocer las cosas, que posee el ser humano. Esta capacidad de conocimiento es su especificidad, lo que lo diferencia del resto de las criaturas que pueblan el Universo.

Pero también, a lo largo de la Historia de la Humanidad, la espiritualidad ha estado presente en la vida de las personas. La espiritualidad no entendida como religiosidad, que no deja de ser una canalización de ésta, una construcción social y cultural que, además, es vehículo de dominio, poder y control sobre las fuerzas sociales que se generan en las sociedades humanas, sino la espiritualidad concebida como esa sensación de trascendencia de lo material, de la vida y de la muerte; esa experiencia de estados superiores de la conciencia, inefables y determinantes en la vida de quienes los viven; ese “otro algo” que todos sentimos y que la ciencia localiza en el sistema límbico de nuestro cerebro.

En el símbolo del GADU se aúnan ambos sentidos. Alude a un máximo, por Gran; alude a un principio activo que proyecta una realidad, que la diseña para luego construirse, por Arquitecto; alude a la realidad que nos rodea en toda su infinitud y dimensiones, por Universo. Cada término con mil matices y dimensiones.

Gran Arquitecto del Universo

Esta invocación que no se identifica con ningún ser, concreto o ideal, es un término abierto al conocimiento y a la sensibilidad de quien lo nombra, lo siente, lo piensa o lo vive; abierto a cada individualidad que lo contempla resplandeciente en el Oriente, donde se inicia el día y, con la luz, la vida y la realidad. El mundo.

Perfectamente puede ser Dios, como señor de la creación y adorado por distintas religiones; o puede ser pura energía conformadora del orden; o puede ser una forma de nombrar la ignorancia humana sobre la formación y la existencia del Universo y de la humanidad misma; o puede ser pura evolución natural; o puede ser...

No obliga a creer en nada que no veamos, que no entendamos, que no pensemos; ni obliga al acto de fe, que o bien es otorgada y, por tanto, ajena a nuestra voluntad; o bien es buscada y alimentada conscientemente sin seguridad de alcanzarla. Pero tampoco cierra la puerta a que creamos o a que tengamos fe. No dice nada sobre ello.

El GADU es racional porque llama a la reflexión; nos hace interrogarnos, a cada uno individualmente, sobre su significado; nos hace preguntarnos qué es, qué encierra, que nos explica. En definitiva, nos lanza al camino del pensamiento, de la investigación y el conocimiento sobre su existencia y sobre la nuestra, nos muestra la senda de desentrañar lo que esconde desde la razón.

Pero el GADU también es espiritualidad. Nos induce a reconocer la sensación de trascendernos a nosotros mismos en él; con él, parte la tradición y nosotros la mantenemos viva para quienes vienen tras nosotros. Nos hace cuestionarnos nuestra existencia y cómo vivir una buena vida. Nos muestra lo material y “lo que hay detrás de las apariencias”.

En definitiva, el GADU nos hace cuestionarnos desde la razón y desde el espíritu nuestra existencia, el sentido de nuestro ser y de nuestro estar; nos hace partícipes de la “creación” puesto que el Universo es un proyecto de orden en el caos, una obra inacabada a la que tenemos que contribuir con nuestro esfuerzo. Nos invita a la reflexión desde nuestro interior y desde nuestro exterior, desde nuestro espíritu y desde nuestra materia, al papel que los seres humanos desarrollamos en la existencia de la Vida.

El GADU es el universal que todo lo engloba, pues en él tienen cabida todas las tradiciones religioso-filosóficas ya que puede absorber las características de sus principios; no los contradice porque es abierto, al contrario que ellas, cerradas y conclusas.

Y también el GADU es el universal racional, que despojado de la visión espiritual de los individuos atrae al conocimiento de la realidad, a la reflexión de lo que acontece, para conocer el mundo y así continuar la obra inacabada.

En definitiva, el GADU es el universal del pensamiento y sentimiento profundos que comparte la Humanidad, todas las culturas, todas las tradiciones, toda la espiritual creada por las distintas agrupaciones humanas, desde las tribus paleolíticas hasta la sociedad global (?) actual. Nos interroga desde nuestro sentir más profundo y desde nuestra capacidad de conocimiento más elevada y científica. Es el referente universal que nos mantiene conscientes de la trascendencia de la Vida, no sólo de la persona, del individuo, del grupo, sino de la existencia de todo ser.

Segunda Reflexión

El Rito Escocés Antiguo y Aceptado (REAA) tal y como se practica en la Gran Logia Simbólica Española (GLSE), de acuerdo con el Supremo Consejo Masónico de España del grado 33 (reconocido, Ginebra 1977), ha superado hoy el dilema de espiritualistas y materialistas, tradicionalistas y modernistas, neoplatónicos y

epicúreos, en su trabajo fraternal en Logia, porque propone una definición filosofista y abierta del simbolismo del Rito.

La Gran Logia Simbólica Española no es espiritualista ni tampoco lo contrario. El sentido del símbolo del Gran Arquitecto del Universo es, en el REAA que practica la GLSE, un concepto proforma, es decir un concepto incoado pero no concluso, en el que se dejan abiertas posibilidades que han de ser cerradas por cada iniciado. En este sentido, la Gran Logia Simbólica Española es una Obediencia que está abierta a los espiritualistas, y a las personas que profesan una fe determinada, pero está igual de abierta a los hombres y mujeres que hacen una opción agnóstica o atea, arraigada en una ética estrictamente humanista. Exige, de unos y otros, una fraternidad co-implicante con el Otro.

Un concepto proforma, análogamente a un contrato proforma, es un concepto, abierto, incompleto, definido funcionalmente pero pendiente de concretar definitivamente y/o al que le falta algún dato, y que sin embargo goza de validez en aquella parte que se ha convenido a la espera de la opción con la que cada uno "cierre" el concepto, provisional o definitivamente.

La clave de bóveda del sentido que adquiere el simbolismo del Gran Arquitecto del Universo, y todos los símbolos del ritual masónico en la GLSE, es la vocación filosófica —más aún, filosofista— de nuestra tradición. Filosófica en un sentido no académico sino socrático y existencial.

La GLSE no es ni una iglesia secreta, gnóstica o neoplatónica, ni tampoco una liga laicista, un ateneo librepensador o un club republicano, aunque puede haber hermanos y hermanas que interpreten su compromiso masónico en esos términos. La GLSE es una tradición iniciática, en la que iniciático no tiene ningún significado mágico sino que responde a un entendimiento filosófico y existencial, una iniciación que invita a cada masón a hacerse cargo de sí mismo de aquella manera que él o ella entiende que mejor corresponde a su propia originalidad.

A partir de esa posición, la Masonería conecta y relaciona, en el seno de las logias de la GLSE, a personas de muy diferentes horizontes ideológicos, políticos o biográficos, permitiendo que la logia sea, en efecto, el centro de la unión de aquello que está disperso.

¿Por qué el GADU no es necesariamente sinónimo de Dios?

Si todas las palabras están amenazadas de equívocos —Patria, Libertad, Progreso, Felicidad— DIOS lo está en grado sumo y admite muy diferentes aproximaciones y respuestas, según el punto de vista: teológico, filosófico, cultural, histórico, sociológico, existencial, devocional..., en la cuestión del ser de Dios se implica también la cuestión del ser del Hombre, de ahí que para evitar esa contaminación cultural y política del término la masonería trabaja el símbolo abierto del Gran Arquitecto del Universo, que bien podría ser el Gran Archi-Texto del universo o la escritura invisible del mundo de la que hablaba Arthur Koestler, la "G" de génesis o de generación, que evoca la Natura Naturans, o el Deus sive Natura de Spinoza.

En lo social Dios se confunde con sus representantes, es decir con las religiones organizadas e institucionalizadas que se encuentran en manifiesta crisis. La sociedad moderna y post-moderna en Occidente no reserva un gran papel político para Dios y a las religiones —salvo en los países islámicos que viven en otro tiempo histórico—, en este tiempo de secularización, post-moderno, post-comunista, post-cristiano, de verdades líquidas y de instituciones licuadas las religiones se hacen sociedad civil y gestionan “verdades privadas” que se interiorizan y personalizan.

En ese sentido el valor social de Dios se identifica con el valor de la conciencia individual, y por otro lado con lo cultural —lo cultural es a la postre cultural— tradicional, consuetudinario, con cierta validez parcial y societaria, pero excluido del ámbito de la representación política y del lenguaje parlamentario.

La Religión revela, y al mismo tiempo oscurece, la experiencia de Dios, que, seguramente, seguirá siendo para muchos la respuesta definitiva a la pregunta existencial del hombre “¿Quién soy yo y qué será de mi?” (Julián Marías) pregunta que admite respuestas antagónicas, pero que de una manera o de otra, estamos obligados a respondernos, cualquiera que sea nuestra respuesta.

La Masonería no nos da respuestas pero nos invita a una actitud: la apertura.

Tercera Reflexión

Sabemos bien la importancia que tiene la Tradición en nuestra Orden, el conjunto de elementos de los que nos nutrimos. Pero la importancia de los materiales no nos absuelve de reelaborarlos constantemente para que sin esclavitud ni letras muertas podamos proseguir en el camino a la Libertad. Bajo esta premisa se funda lo que se dice a continuación.

El símbolo del Gran Arquitecto, el supremo de la Masonería (a decir de Jules Boucher en su tratado clásico sobre La Symbolique Maçonique) tiene una íntima relación con la letra G del Delta y pueden ser someramente analizados de forma conjunta.

Lo primero que parece pertinente señalar es el origen cristiano de ambos símbolos. La figura de un Gran Arquitecto hacedor del Cosmos, del cielo y de la tierra, el Dios cosmológico en definitiva, aparece pronto en la más temprana patrística como una readecuación del motor primero que aparece en los textos de Aristóteles. Posteriormente será usado profusamente en las cinco vías para demostrar la existencia de Dios de Santo Tomás (sobre todo en las dos primeras, causa de todo movimiento, causa eficiente primera). Y la letra G, incorporada tardíamente a los Rituales (posterior a 1737, según Jules Boucher, es decir, más tarde incluso que la leyenda hirámica o el grado de Maestro), con su significado de God (Dios) o Geometry, resultan también atributos del Dios cristiano tradicional.

¿Qué nos importa a nosotros, masones contemporáneos, del siglo XXI, la concepción tradicional del Dios cosmológico? Es sabido que las Constituciones de Anderson previenen contra “el ateo estúpido o el libertino irreligioso” y que la exigencia ha cambiado, digamos que no poco, desde la resolución del Convento del Gran Oriente de Francia de 1877. Pero aún más ¿qué importancia tiene para un hombre contemporáneo, no ya un masón, el Dios cosmológico?

Por tal, se entiende al Dios signo y fuente del orden natural, de modo que el mundo aparece como ser divino, en su unidad y multiplicidad. Dios se identifica así con el orden y el despliegue de la Naturaleza, de la physis, y el papel del hombre se limita, en esta concepción, a descubrir su significado, su mecánica, a fundirse con ese principio (arjé) divino que rige una obra supuestamente buena y perfecta.

Desde el nacimiento de la conciencia moderna, individual, con el Renacimiento, la Reforma y el pensamiento cartesiano y analítico, en definitiva, tras dejar atrás la Edad Media, no es éste el aspecto de Dios que más interesa al hombre. El hombre ya no busca insertarse en un cosmos divinizado, acomodarse a él, como los antiguos griegos o los escolásticos medievales, sino saber qué pasará con él, con su vida individual, única, misteriosamente irrepetible. No le importa el cosmos, puesto que asume, sabe y entiende que él es el Cosmos.

Nosotros, masones, nos identificamos con esa concepción moderna, que arranca del fin de la Edad Media, y debemos contestar a la pregunta desde la óptica moderna y contemporánea, porque nos alineamos plenamente con el presupuesto básico de la Modernidad; la Libertad es un a priori, es nuestra Identidad radical antes de toda especulación posterior.

Partiendo de estas consideraciones, parece del todo punto imposible determinar o solucionar la posible existencia de Dios en un sentido u otro, sencillamente porque Dios, de existir, excede la sustancia o esencia de nuestra racionalidad y nuestra experiencia en el mundo. Porque tanto se puede argüir, en otro plano, que siendo el mundo, el cosmos, bueno, no necesita, precisamente por eso, la hipótesis de una divinidad, como sostener que la misma bondad del mundo presupone un sostén divino. Y si se asume que el cosmos es deficiente podremos sostener con igual incertidumbre que tal mundo perverso demuestra la no existencia de un Dios bueno como que la maldad del mundo exige en términos de justicia el contrapeso de un Dios justo.

A fin de cuentas, en términos contemporáneos, y es la segunda idea, el Dios personal es una apuesta de cada ser humano, o como cita un amigo, Dios existe para quien lo necesita, para quien apuesta por él. En otros términos cada uno decidirá si Dios (“Id quo maius nihil cogitari potest”, “Aquello mayor que lo cual nada podemos pensar”, en frase muy feliz de Anselmo de Canterbury) es una apuesta razonable o no.

Y vamos a referir una de esas apuestas, o las razones que llevan a algunos para hacerla, en términos de justicia, para intentar mostrar porqué no puede confundirse Dios, la espiritualidad trascendente, no inmanente, con la Masonería.

La apuesta se refiere a la Justicia. Reclamar la existencia de Dios como un postulado, un ideal, una exigencia ética, de justicia. Dios como exigencia de las víctimas de la Historia, de la voz no vana de los sacrificados, de los expulsados del Sistema vital y social, que claman contra el mal de la Historia.

De otra manera, Dios como postulado de una protesta de la Historia y como opción de futuro, puesto que si Él ha querido correr el riesgo de crear (suscitar) la Humanidad en un entorno conflictivo, en lo que ciertamente se puede llamar la máquina de picar carne que es la vida consciente y racional de lo Humano, Dios debe tener una respuesta para quienes padecen y mueren. Dios, por tanto, como puerta abierta a la reconciliación de la Historia.

La idea partió, aún bosquejada, de Emmanuel Kant. El filósofo alemán diseñó un sistema moral, terriblemente exigente, en la que el hombre, siempre digno de respeto por su capacidad de elección como ser racional, por su condición de libre en definitiva, debía elegir sus propias normas morales, su propia Ética. La moral debía ser auto-impuesta, autónoma, por contraposición a la heteronomía tradicional de las religiones, y una vez auto-impuestas tales normas o reglas del actuar prácticos, seguirlas siempre, nos ocasionaran placer o displacer, con independencia de nuestros motivos y deseos.

Un sistema, como decía, terriblemente duro en la que no intervenía la figura de Dios ni ninguna Revelación. Tras establecer este sistema, Kant propugnó, como postulado, como ideal, la necesidad de que el cumplimiento de tales normas auto-impuestas, que era lo que hacían al hombre virtuoso, tuvieran algún tipo de reconocimiento para que fueran verdaderamente perfectas, pues no hay normas reales sin sanción o premio. Y ahí, como garante último de la justicia y del comportamiento ético, pero sólo como postulado, introduce la figura de Dios, quien reconocerá el mérito y la virtud.

Ya en el siglo XX, tras la experiencia de los campos de exterminio, dos filósofos alemanes escribieron un famoso libro, La Dialéctica de la Ilustración, en la que constataban la traición que había representado el sueño de la Ilustración, de la razón humana. Por un lado llevaba a los procesos industriales de aniquilación humana, los *lagers* nazis, por otros a la Dictadura del proletariado o a la Dictadura del mercado. El anhelo del Totalmente Otro dejaba abierta también la puerta a un Dios mesiánico y reparador.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, otro filósofo, también judío, pero de expresión francesa, Emmanuel Levinas, parte asimismo de la crítica a la razón humana, opresora y sacrificial (que vive matando a sus víctimas) y a un Dios cósmico y social, desentendido, un mero relojero o arquitecto, e identifica a Dios no como Totalidad, sino como Infinito en el rostro del huérfano y de la viuda, del extranjero y del pobre.

Nuestra vida es terriblemente injusta. El mundo, definitivamente, parece mal hecho. Hay víctimas, de catástrofes naturales, de la maldad humana. Los tontos, los deformes, los que no han tenido oportunidades o los que habiéndolas tenido las han desaprovechado irremediable y trágicamente. La madre que pierde al hijo y

viceversa, la vida truncada, la enfermedad silente, una permanente espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Lo normal no es que la vida vaya bien; sólo conjurándose extrañas improbabilidades conseguimos llegar ilesos a un fin natural.

Y es que la postulación de Dios como gran reconciliador atañe no sólo a los virtuosos, para que tengan recompensa, y a las víctimas de toda laya que han existido y existirán, sino a cada uno de nosotros, incluyendo a los malvados, a los asesinos. Vivir, en la medida de nuestras posibilidades, en nuestro ámbito de libertad, hace nuestra experiencia irrepetible. Algo se pierde en el mundo cada vez que uno de nosotros morimos y si se acepta en sí mismo ese hecho es sencillamente atroz. El robot de Blade Runner que agoniza, lo expresa como pocos:

He visto naves arder en la Constelación de Orion... Todo se perderá conmigo.

La experiencia individual forma un conjunto irrepetible, algo precioso en sí mismo y por eso podemos y quizá debemos postular algo que restaure la profunda injusticia de la muerte segura de cada uno de nosotros, como víctimas, todos y cada uno, de una injusticia.

Visto así, me parece claro que la Masonería, concebida en términos de Humanidad, no puede proporcionar absolutamente ninguna dirección, instrucción, lección sobre la Reconciliación de la Historia. No tiene capacidad soteriológica, de salvación por sí misma; no proporciona caminos de acceso a ninguna divinidad, circunscribe su acción a lo humano, lo a veces demasiado humano; no es gnóstica, como sostenía Walton Hannah en su *Oscuridad Revelada*, y sólo mediatamente, interesándose por lo humano, constituye una de las cosas que merecerían ser conservadas al final de los tiempos.